Un chico, un martillo

Gabriel Zapata

Capítulo 1

Lucas «Luke» Medina no fue el tipo más inteligente que he conocido. Tampoco fue el más apuesto ni el mejor en deportes. Lo más destacable de este sujeto fue su *valentía*. El cabrón era un cabeza de aire aficionado a las apuestas. Apuestas que no se comparan con las de un casino árabe o las que se hacen en carreras de caballos. Luke apostaba por hacer retos estúpidos. Lo más increíble era que siempre ganaba. Obtenía cosas como dinero, un almuerzo, una tarea, CD's de música, etc.

Esto lo llevó a hacer cientos de barbaridades que le dieron fama de hazme-reír, pero con la peculiaridad de que se ganó un puesto respetable, ya que hizo ciertas cosas que pocos se atreven a hacer y, lo más importante, sin siquiera ser atrapado. Luke una vez bombardeó el domicilio del maestro Fidelio con una docena de huevos podridos. Esto lo hubiese hecho cualquier pelmazo, sin embargo, el muchacho hizo lo imposible; la casa del maestro Fidelio estaba apartada de las otras, cerrada como una cárcel y con cámaras de vigilancia en cada rincón. Luke logró burlar todo eso y así fue como la gran casa del maestro de química se bañó de líquido negruzco y hediondo. El maestro Fidelio nunca encontró al culpable y hasta hoy trata a sus alumnos con cierto desprecio, pensando que entre alguno de ellos se encontraba el *chistosito*. Luke ganó otra apuesta. Y después otra, y otra, y otra más. El maldito no paraba nunca.

Pero todo tiene un límite. Se puede hacer bromas, algunas más pesadas que otras, y salir ileso. La juventud tiene esa necesidad. Intentar hacer todo lo posible por caer bien es una tarea fácil. Igual de fácil es ganarse una reputación.

Luke sabía que todos lo admiraban por hacer lo que hacía y eso fue quizá su motivación principal. Como dije, todo tiene un límite y Lucas «Luke» Medina encontró el suyo el mes pasado, cuando Dylan Bravo le propuso la más interesante y aterradora de las apuestas.

Dylan estaba por terminar la universidad. Cosa que cualquier estudiante quiere. Él también era popular, sin embargo, su fama se lo debe al básquetbol. Su presencia en los juegos de verano del año pasado dejó ver su talento y pronto todos supieron su nombre. El encanto de Dylan Bravo incluso sirvió para conquistar a Mariana Ibáñez, una de las chicas más lindas de todo el campus. Al menos Luke siempre será el chico que nunca perdía apuestas.

Dylan jamás había estado en contacto con Luke. Eran dos planetas de diferente galaxia. Pero en algún momento, Dylan Bravo supo de él. Puedo

decir cómo pasó todo porque estaba literalmente entre ambos chicos.

Me encontraba en la cafetería acompañado de mi amigo Eric comiendo sándwiches con papas fritas. El ambiente tranquilo se vio de pronto perturbado por los alaridos de Luke y su pequeña banda de amigos.

Ella sabe que yo soy el de los mensajes, decía uno.

Alan, todos saben que Natalia es lesbiana…, decía otro.

Eran tres chicos, contando a Luke. Todos decían que él no tenía amigos de verdad y que sus únicos dos compañeros eran impostores aprovechados. Luke era un tipo rico, o al menos lo eran sus padres. Una vez alguien apostó a que no robaba el auto de su padre para dar un paseo por la ciudad. Parece fácil, pero su padre jamás dejaría que su hijo manejase un modelo tan único y de valor exagerado como su BMW. Luke ganó aquella apuesta, pero ahora no recuerdo lo que obtuvo a cambio.

Los tres se acercaron. Eric bajó la vista y después me dijo algo que no entendí. Luke se acercó primero y me dio una palmada suave en la espalda.

—¿Hola, podemos sentarnos?

El sujeto no esperó invitación alguna, se sentó y sus dos amigos lo imitaron. Eran inofensivos y nunca molestaban a nadie. No iban por ahí tirándole la comida a los chicos de anteojos y acné ni daban golpizas a los obesos. Ellos eran, digamos, muy alegres.

—Qué onda, Luke —le dije, intentado sonar como uno de sus amigos.

—Pues no mucho. Hoy hace demasiado calor, ¿no?

—Creo que sí.

Los tres comenzaron a reír. Eric también lo hizo y comprendí que tenía que hacer lo mismo.

—Escucha esto —dijo Luke—. Sam piensa que deberíamos hacer algo grande antes de que termine el semestre.

Lo que el tipo quería decir era que *él* debería hacer algo. Era siempre él.

—¿Y qué tienen en mente? —le dije.

—Aún no lo sabemos. Estos dos se han quedado sin ideas. Tal vez tienen miedo de perder. Además, las apuestas que me proponen los

demás son muy aburridas.

—Luke, tú has hecho muchas cosas —dijo Eric. Todos giraron sus cabezas hacia él. Notó que lo mirábamos y después dijo—: Es cuestión de pensarlo bien. ¿No tienes miedo de que te atrapen esta vez?

Luke pareció comprender. Su sonrisa lo decía todo.

—No hay nada imposible, amigo.

Fue aquí cuando Dylan se nos unió. Él tenía intenciones de comprar algo y largarse, pero Luke tenía otros planes.

—Oye, Bravo —Luke agitó su mano en el aire para que Dylan pudiese saber quién lo llamaba. Todos al parecer no sabíamos qué era lo que tramaba. Dylan, que vestía el uniforme de su equipo, avanzó hacia nosotros. No sabía cómo demonios Mariana era novia de ese tipo. Su cabello era descuidado y tenía una nariz grande e irregular. Quizás fue sólo su fama, nunca lo sabré.

El muchacho se detuvo y después habló.

—Hola.

—Dylan Bravo, viejo amigo —dijo Luke.

—Y tú eres…

—Soy Luke, todos me conocen.

—¿El tipo que desinfló todos los balones del gimnasio?

Sabía que algo iba a pasar. Algo grande.

—El mismo. Y déjame decirte que sólo les quité el aire, ningún balón salió herido.

—Nos quitaste un día valioso de práctica.

—*Perdón*, amigo. Era por una apuesta.

—Debieron castigarte, da gracias que no te atraparon. Pensaba que los rumores sobre ti eran falsos.

—Pues no lo son. Al parecer soy inmune a ser atrapado.

—¿Por qué no te comportas como alguien de tu edad?

—Es divertido, hombre. Además, he ganado grandes cosas.

—No es divertido para la gente que haces daño.

—Oye, yo no he *dañado* a nadie.

Dylan meditaba una respuesta. Su rostro pareció cambiar cuando supo que no podía hacer nada para detener a aquel loco.

—Bien, tú ganas —dijo.

—Siempre lo hago.

Dylan se dispuso a largarse. Pensé que todo había acabado, pero antes de suspirar de alivio y comprender que ahí no habría narices sangrantes, Dylan regresó y le volvió a hablar a Luke.

—Antes de irme, *amigo*, quiero proponerte una apuesta.

—Cuidado con lo que dices, camarada. Puedes perder.

Los amigos de Luke rieron. Eric y yo no sabíamos qué hacer.

—Te apuesto dos mil pesos a que vayas y mates a alguien. Vamos, no podrías hacerlo, ¿cierto?

El silencio permaneció. El rostro de Luke era una incógnita que pronto dejaría mostrar una sonrisa. Una macabra sonrisa.

—Que sean tres y una cita con Mariana —el brazo de Luke se elevó y su mano extendida quedó justo en frente de mi cara.

—Olvídate de Mariana —dijo Dylan.

—Como quieras. ¿Trato?

Dylan Bravo apretó la mano de Luke y sin decir más, se alejó.

—¿No vas a asesinar a alguien verdad? —dijo uno de sus amigos.

—Acabo de cerrar un trato. Los negocios son los negocios.

Se podría decir que Dylan le hizo una broma a Luke. Pero este al parecer no lo supo.

Todo sucedió una semana después. Cuando el chico de las apuestas se volvió famoso de verdad.

Construía un barco a escala, de esos que siempre te hacen perder la paciencia porque hay piezas que, a pesar de estar en las instrucciones, siempre quedan mal colocadas. Era uno de mis pasatiempos, ahora me dedico a la pintura. De mi computadora se podía escuchar el audiolibro de *Drácula*. La voz profunda de aquel narrador me relajaba, pero lo que decía era en verdad tenebroso.

Estaba a punto de colocar una pieza importante cuando de la computadora surgió el sonido de una notificación. La voz del audiolibro se cortó, así como mi concentración. Decidí que era mejor tomar un descanso y ver quién demonios me había enviado un correo a las once de la noche. Me aproximé a la computadora arrastrándome con la silla. Después de unos clics supe que Eric me había enviado algo. En el asunto ponía: **Video**. También había un texto y al final una liga de algún sitio web que desconocía. Su mensaje era el siguiente: **Oye, tienes que ver esto. ¡¡¡NO LO CREO!!! Míralo con audífonos y no dejes que nadie te vea mirándolo.** En lo primero que pensé fue en un video sexual. Pero Eric no es ese tipo de sujeto. Mi curiosidad me mataba así que le puse el seguro a la puerta, aunque mis padres siempre tocan antes de entrar, y conecté mis audífonos.

La liga me llevó a una página que al principio mostraba un fondo negro. Segundos después apareció un recuadro y algunas letras. A continuación, apareció otro recuadro con el símbolo de *play* en el medio. En la parte de arriba ahora se leía el título: **un chico, un martillo**. El nombre de aquella página web apareció de último, se llamaba *viralshoking.com*. Después, sin vacilar, le di a *play*.

Al principio no sabía lo que miraba. Las imágenes mostraban la perspectiva de alguien saliendo de un auto. Se escuchó en el fondo a alguien cerrar la puerta del conductor. Después, el camarógrafo, que por cierto operaba una cámara de mala calidad, movió su enfoque y comenzó a grabar sus pasos. Había tierra y se podía ver algo de basura esparcida por el terreno.

La cámara se mueve hacia arriba y enfoca a un joven quien se encuentra extrayendo cosas de una mochila desde la parte de atrás de una camioneta roja. Ninguno de los dos habla. Mi atención se centra en el sujeto de la mochila y logró comprender de quién se trata.

Luke Medina extrae de la mochila un martillo largo que brilla ante la luz del sol y manda reflejos blanquecinos a la cámara. Luke sonríe y después se dispone a caminar hacia el tipo que lo está grabando. Hay movimiento y ambos caminan hacia lo que parece ser los restos de una construcción. Hay grafitis en las ruinas y más basura esparcida. Luke y su acompañante se adentran a los escasos bosques y emprenden una caminata. Ambos continúan en silencio hasta que Luke habla por primera vez.

—Debe estar cerca —dice susurrando. El tipo que graba lo enfoca cuando habla. El martillo se balancea pesado en su mano derecha.

Después de algunos segundos los dos sujetos encuentran lo que buscaban. En la distancia, a quizá cinco metros, se ve un bulto que podría confundirse con la basura de los alrededores. Pero es en realidad un hombre durmiendo en un trozo de cartón como cama. Luke ríe y su compañero le dice:

—Es él, es él —su voz es un susurro, pero es entendible.

Luke se adelanta dirigiéndose al hombre. El camarógrafo graba sus movimientos lentos y precavidos. Se puede ver que sostiene con firmeza el martillo plateado de su grueso mango de madera.

El hombre, que no se necesita ser un genio para saber que es un indigente, permanece quieto, sumido en algún sueño de alcohol barato. Lleva un gorro de lana azul surcado de manchas de lo que parece ser grasa. Tiene la barba más descuidada de todas. Luke está a tan sólo un metro. Aún no sé lo que hará, pero algo dentro de mí me dice que sí lo sé.

Luke tropieza con una roca y un bufido se le escapa de la boca. El vago sigue inmóvil y Luke se queda también quieto, siempre sosteniendo el martillo. La cámara hace un movimiento y enfoca un plano diferente, uno que deja ver a Luke de pies a cabeza.

El chico mira a la cámara y después susurra lo siguiente.

—A este nadie lo extrañará.

El martillo se eleva y aterriza en la frente del indigente.

El hombre en el suelo alza ambos brazos y los agita como un poseso. Parece que niveles elevados de electricidad recorren todo su ser. Se puede escuchar un aullido de dolor y esto hace que Luke ría a carcajadas. El tipo de la cámara se limita a reír entre dientes haciendo temblar la imagen. Luke mira maravillado la sangre del pobre hombre el cual ya ha empapado

su rostro. El gorro azul en su cabeza se le ha caído a un lado.

El chicho del martillo no tiene suficiente con un solo golpe. Su martillo se eleva y cae una y otra vez. Siempre apuntando a la cabeza. El indigente se sacude en espasmos y apenas gime. Un gorgoteo de sangre surge de su boca sin dientes.

No sé cómo pude soportar mirar todo el video. Quería creer que era un montaje, una simple broma.

Quizá el hombre estaba ya muerto, pero Luke seguía golpeando.

Todo terminó, gracias al cielo. El sujeto que graba hizo una toma final a un sonriente y satisfecho Luke. La sangre en su martillo brillaba ante la luz de la tarde. El video concluyó mostrando al cadáver anónimo. Hay mucha sangre y otros fluidos desparramados. Es quizá la peor cosa que vi en mi vida.

Después del video no supe qué hacer. Me quedé petrificado y perturbado, tratando de asimilar lo que había visto. Luke había asesinado a alguien y lo había hecho de una forma muy fría, sin mencionar cruel y mórbida. Además de que se había atrevido a grabar todo.

Luke Medina fue a la cárcel y ahora enfrenta a la justicia como un asesino. Los rumores, los cuales la mayoría son verdad, decían que grabó lo que hizo como evidencia de que había cumplido la apuesta que Dylan Bravo le propuso. Luke le mostró el video y exigió sus tres mil pesos. Pero fue el mismo Dylan quien lo reportó a la policía. Más tarde, alguien obtuvo el material y lo subió a internet.

Al final, el metraje se esparció por todo el oscuro mundo de la red y así fue como lograron arrestar al chico de las apuestas y a su cómplice, el camarógrafo, quien resultó ser uno de sus dos únicos amigos.